

---

## Amor *versus* democracia

Hermann Bellinghausen

**A**travesamos una zona opaca de la así llamada transición; según esto, ya no estamos donde estábamos y nos dirigimos quién sabe a dónde, un reino de lo posible donde habrá —ya hay, casi, dicen mucho— democracia. En su añeja ruta hacia la democracia, los mexicanos buscan un Santo Grial, andan en pos de su Itaca por vocación histórica, pero como que no se les hace llegar ni muestran tantas ganas de hacerlo. Una ligera demora, al ratito nos vamos, al fin que ya falta poco.

Estas épocas de supuesto cambio tienden al relajamiento de las coerciones sociales; muchos se deschongan y no a todos se los descuentan por pasarse de lanza según el de la macana. Los campesinos, los obreros, los adolescentes urbanos, los adultos ilustrados en edad de razón se rebelan, votan como se les pega la gana, se revientan y opinan en voz alta sobre el país que se imaginan y no esta farsa que etcétera.

Y que lo personal es político no hace falta andarlo repitiendo: ya todos lo saben y asumen. De manera similar, los paradigmas de la Revolución Mexicana y la Revolución Ideal, por ejemplo, parecen ir a la baja; de lo público a lo hormonal se buscan nuevos lenguajes, se intentan cosas por las buenas aunque nunca falta uno que se deje ir a las patadas. Computadoras en el buró diciendo buenos días con un banco de datos que ni Alfonso Reyes en su respectiva materia, videos que sustituyen a muchedumbres cuyo orden parece adocenamiento y luego fase superior de la civilización, y todo para qué, para seguir enamorándose como corazones simples y pensar en el amor aun después de libradas y ganadas las batallas del sexo. Se rumora que hubo una revolución sexual. Hoy, con amor y sexo venden religión, perfumes y coca cola.

Algo tan primitivo como el amor (sexual o del otro) ¿tiene que ver con la democracia? Muchos sostendrán que sí, sobre todo quienes han sufrido marginación y sometimiento —en su mayoría mujeres—: “Una democratización de las vidas privada y colectiva permitirá prácticas más

libres del amor". No sé si sea cierto, pero al menos suena mejor que los anteriores proyectos de porvenir para damas: macramé, modales y repostería.

La parte masculina de la patria, identificada con la gran escenografía del machismo, participa, no pocas veces de buena gana, de las consecuencias del aliviane de sus antes bestias sometidas, mujeres que ahora resultan compañeras o buenas enemigas.

Y así se siguen, mujeres y hombres, más o menos democráticos en sus chambas y en sus camas, hasta que se encuentran de nuevo una libertad que los asusta. La cosa no ha cambiado desde Adán y Eva: un vil procedimiento antidemocrático.

La democracia clama por los límites. El amor, por naturaleza, procura brincarse las trancas, y sigue creyendo en la influencia de la luna 20 años después de que la pisaron los astronautas.

En el fondo, el amor y la democracia se desasemejan. La democracia tiene medida, el amor no necesariamente; la democracia es asunto de muchos (de todos), el amor se dirige entre pocas personas (casi siempre poco más de una); la democracia tiene procedimientos y finalidad, el amor no necesariamente. La democracia presupone escuchar a todos; uno de los síntomas cardinales del amor es la sordera selectiva —sólo una voz cuenta.

En principio, el amor en una democracia socialista debía encontrar climas favorables; lo mismo la prensa, las distracciones públicas, las posibilidades de reunión, la impartición de justicia, los servicios que ayudan a vivir sanos y salvos a los ciudadanos. No estamos en una democracia socialista (¿quién lo está y en dónde?), ni siquiera en una democracia a secas, pero el amor y sus entuertos se las arreglan para sobrevivir a las culpas, las prohibiciones y el miedo. Pueden robarnos urnas o salario, pero no la espiral del sueño, el deseo y los asientos traseros de un Volkswagen, los besos robados y la noción innata de que en alguna parte debe existir un paraíso.

El amor da una lección de humildad a la altiva democracia. A doña democracia no le queda sino llegar, es una promesa por cumplir. Al amor en cambio le quedan la reiteración y la fuga: el viaje de su horizonte imaginario nunca es poca cosa.